

*Colección
Cuentos desde el Bosque*

Las aventuras

de lluvia

Encinas

Cuentos desde el Bosque

Las aventuras de Lluvia Encinas

© **Edición digital:** Bosques Sin Fronteras - www.bosquessinfronteras.org

© **Edición impresa:** SDL Ediciones - www.sdlmedioambiente.com

Con la colaboración del Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino - www.marm.es

© **Textos:** Andrés Campos Revuelta

© **Ilustraciones:** Carolina Aloy Martínez

© **Diseño y maquetación:** SDL Ediciones

© **Revisión de maqueta y diseño de cubierta:** **SDL Ediciones**, Adela Ruíz-Bravo Goytre

Con la colaboración de Milagros Casado y Teresa Mayor en el diseño de actividades

Imprime: Imprimex Industria Gráfica

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-936296-8-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial tanto del texto como de las ilustraciones de este libro sin la previa autorización por escrito de sus autores.



Índice

Prólogo



Cuentos

Lluvia encinas y la fábrica apestosa 11

Lluvia encinas y las orugas bobas 33

Lluvia encinas detective 53

Lluvia encinas y el misterio del bosque 71

Lluvia encinas y los ladrones de árboles 89



Actividades

Actividades complementarias 105

Prólogo

Naciones Unidas ha declarado el año 2011 como **AÑO INTERNACIONAL DE LOS BOSQUES**, con el lema Bosques para la Gente.

España puede presumir de ser uno de los países europeos con mayor biodiversidad de bosques y de especies de árboles. Muchos de ellos tienen características especiales que les hacen destacar del resto y los hacen especialmente singulares. Dar a conocer su importancia, los problemas y peligros que presentan o pueden presentar, y la necesidad de su protección son los principales objetivos del proyecto didáctico **“CUENTOS DESDE EL BOSQUE”**.

En la actualidad existen numerosas publicaciones relativas a los árboles y los bosques españoles, pero aún son muy escasas las destinadas especialmente al público infantil. La realización de labores de educación y sensibilización ambiental para niños centradas en los árboles y los bosques es de gran importancia para asegurar su conservación en un futuro pues ellos serán los encargados de poner en marcha las medidas necesarias para conseguirlo.

Los niños deben conocer la importancia del patrimonio arbóreo español de una forma amena y divertida. Por ello, y teniendo como telón de fondo la celebración del AÑO INTERNACIONAL DE LOS BOSQUES, se ha estimado adecuado proporcionar a los padres y educadores un material didáctico, que en forma de cuentos ilustrados con los árboles y los bosques como protagonistas, transmitan a los más pequeños la importancia de su conservación.

Estos cuentos van acompañados de una serie de actividades para hacer a los niños más partícipes de su lectura, ayudándoles a afianzar y profundizar en los conocimientos, sentimientos y valores transmitidos en ellos.

El proyecto consta de tres libros de cuentos destinados a niños entre los seis y los doce años, contando cada uno de los libros con cinco cuentos.

El apoyo de la Dirección General de Medio Natural y Política Forestal del Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino ha permitido realizar una primera edición digital de los libros, que presentamos ahora también impresa.

Esperamos que estos libros ayuden a padres y educadores a transmitir a los más pequeños el valor y la importancia de nuestro patrimonio natural.

Susana Domínguez Lerena
Presidenta de Bosques Sin Fronteras

Cuentos





Lluvia Encinas y la fábrica apestosa

Lluvia Encinas era una niña muy lista para su edad y tanto su familia como sus amigos y amigas la querían mucho porque era muy alegre y divertida. Era pelirroja y tenía los ojos marrones, vivía con sus padres en Villacálida, un pequeño pueblo cercano a la gran ciudad, Ciudadgris.

Lluvia tenía 10 años y le gustaba ir al colegio, aunque le costara un poco levantarse. Matilde, la profesora de Lluvia, era muy simpática y siempre preparaba un montón de juegos y actividades divertidas, pero también era exigente cuando tenían que estudiar. Además, Lluvia tenía muchos amigos y amigas en clase, y lo pasaban genial jugando al fútbol y a “polis y cacos” en el recreo.

Aquel martes de primavera, Lluvia se despertó muy pronto. Normalmente su madre tenía que insistir varias veces hasta que se levantaba porque era un poco perezosa, pero esa mañana se levantó de un brinco.



Era un día distinto a todos los demás, iría al colegio andando con su abuelo Emilio, en lugar de ir en coche con sus padres como todos los días. El padre de Lluvia estaba de viaje y su madre se había ido muy temprano en autobús a trabajar porque tenía estropeado su coche, un Seat Ibiza blanco muy antiguo que el día anterior se había parado cerca de casa y no había vuelto a arrancar.

El abuelo Emilio estaba muy contento de poder ir con su nieta al colegio. Le encantaba estar con Lluvia y siempre le contaba un montón de historias y cuentos que, según decía, su abuelo, es decir, el tatarabuelo de Lluvia, le había contado a él cuando aún era un niño. A Lluvia también le encantaban los cuentos de su abuelo, eran muy graciosos y siempre acababan los dos riendo sin parar.

El abuelo llevaba sólo dos días viviendo en casa de los padres de Lluvia, hasta entonces había vivido siempre en Ciudadgris con la tía Gertrudis, pero ella se había marchado a trabajar a Muchoruido, una ciudad lejana, y el abuelo no quiso viajar tan lejos, así que se quedó con Lluvia y con sus padres.

Para ir a la escuela caminando, debían atravesar el viejo bosque y, según decía el abuelo, aquello iba a ser toda una aventura. A Lluvia le gustaban las aventuras y más aún si iba su abuelo con ella, nunca había estado en el bosque y estaba muy ilusionada imaginando todo lo que podrían encontrar. Le había costado mucho dormirse el día anterior pensando en la cantidad de animales y árboles que descubrirían camino del colegio, *¡lo iban a pasar en grande!*

Después de desayunar, el abuelo cogió su bastón y con la ayuda de Lluvia se puso el abrigo. Lluvia, por su parte, se colgó la mochila a la espalda dispuesta a emprender el viaje.

—*¿Estas preparada?* —preguntó el abuelo.

—*Lista abuelo. ¡Será genial!* —contestó Lluvia.



Cruzaron la calle y siguieron el camino del bosque. El colegio de Lluvia estaba al otro lado, según les había explicado su madre el día anterior. El abuelo, al entrar en el camino, se paró, sacó de su bolsillo unas gafas un poco extrañas y se las dio a Lluvia.

—*Toma Lluvia, ponte estas gafas.*

—*Pero yo no necesito gafas abuelo.*

—*Lo sé, pero hazme caso, es una sorpresa.*

Lluvia, intrigada, se puso las gafas; el abuelo sacó otras iguales y también se las puso.

Entonces el abuelo y Lluvia empezaron a descubrir cosas que hasta ahora nunca habían sido capaces de ver. Entraron en el mundo invisible del bosque. En pocos minutos llegaron al inicio del bosque. El abuelo al verlo se enfadó un poco. Estaba todo muy sucio, con latas y botellas tiradas a un lado y a otro, y el abuelo no estaba acostumbrado a ver un bosque tan sucio; nadie había limpiado allí desde hacía mucho tiempo.

De repente, sin saber muy bien de donde salía, oyeron una voz:

—*¿Alguien puede ayudarme?* —no se veía a nadie, pero la voz sonaba muy cerca.

—¿Quién eres?, No podemos verte. —contestó el abuelo.

—¿Cómo no vais a verme?, eso es imposible, ¡si estáis delante de mí! —dijo la voz.

Pero, frente a ellos no había nadie, solo un árbol muy grande con un cartel clavado que decía: “Atención: Industria química* a 1 Km. No beba agua del río, ni permanezca demasiado tiempo en el bosque bajo peligro de muerte”.

—¿Eres un árbol? —dijo Lluvia sin estar muy segura de que un árbol pudiera hablarles.

—Pues claro que soy un árbol, ¿es que no lo ves?, ¿qué iba a ser si no? —contestó el árbol.

—Perdona señor árbol, nunca había hablado con nadie como tú, es nuevo para mí.

—No te preocupes, lo entiendo, normalmente los humanos que cruzan el bosque no me escuchan, todos pasan deprisa sin hacerme caso.

—el árbol hablaba con resignación, debía llevar mucho tiempo pidiendo ayuda.

—Bueno, lo primero es presentarnos, yo soy Emilio y ésta es mi nieta, Lluvia, ¿cómo podemos ayudarte? —dijo el abuelo.

—Pues necesito que me ayudéis a quitarme este horrible cartel. Los clavos están muy profundos y me duelen muchísimo.

—¿Quien te puso estos clavos? —dijo Lluvia.

—El dueño de la fábrica. Vino con el cartel y lo clavó con fuerza, sin preguntarme si lo podía poner. Protesté mucho, porque me hacía daño, pero no me escuchó. En realidad ya casi nadie escucha a los árboles, creen que nos pueden hacer lo que quieran porque estamos quietos y no podemos movernos, pero somos seres vivos, igual que los animales o los humanos. No tienen derecho a maltratarnos. Desde el día en que me clavarón el cartel, tengo un dolor terrible y necesito que alguien me quite los clavos. ¿Podéis ayudarme?

—Lo intentaremos, no te preocupes
—aseguró Lluvia mirando a su abuelo que asintió con la cabeza.





El abuelo, después de pensar un poco rascándose la cabeza, metió la punta del bastón entre el árbol y el cartel, y tiró de la empuñadura* con fuerza.

Pronto los clavos empezaron a ceder hasta que por fin el cartel cayó al suelo.

Con la fuerza del tirón, también el abuelo estuvo a punto de perder el equilibrio pero, finalmente, pudo evitar la caída.

—¡Uff, muchas gracias!, ¡que alivio, era espantoso! —dijo agradecido el árbol.

—De buena me he librado —dijo el abuelo— ya no soy tan joven como antes, ¡casi me caigo!

Lluvia sonrió, estaba muy contenta de que su abuelo hubiera podido quitar aquellos clavos tan grandes al árbol.

—Me habéis salvado, no sé como agradeceróslo. Estaba muy débil porque además de las heridas de los clavos, los gases de la fábrica me están envenenando poco a poco. Cada día tengo menos fuerza. La mayoría de los árboles del bosque ya apenas pueden hablar.

—¿La fábrica echa gases venenosos? —el abuelo estaba muy enfadado, no entendía como alguien podía ser tan desconsiderado con los árboles.

—Sí, por eso han puesto el cartel, para que la gente no respire el aire contaminado. —respondió el árbol.

—Te prometo que contaremos todo esto en el colegio y seguro que la profe os ayuda, a ti y al resto de los árboles. —dijo Lluvia, que estaba decidida a ayudar al bosque en lo que fuera necesario.



El abuelo y Lluvia, antes de marcharse, taparon con cuidado las heridas del árbol para impedir que pudiera enfermarse, le abrazaron, se despidieron de él y continuaron su camino por el bosque.

—Abuelo, ¿cómo es posible que hayamos oído al árbol? Nunca me había pasado algo así.

—Es gracias a las gafas que te he dado, — dijo el abuelo — tengo unas iguales desde que era un niño para poder ver el bosque tal y como es en realidad y para escuchar a los árboles y a los animales. Antiguamente, todos los humanos llevaban unas gafas como estas y hablaban con ellos casi todos los días, pero ahora nadie quiere hablar ya con los árboles, ni fijarse en como son realmente y esta forma de comunicación se ha ido perdiendo.

Lluvia se puso muy contenta, con aquellas gafas, ¡podría hablar con los árboles siempre que quisiera! Que suerte tener un abuelo como el suyo.

Poco tiempo después de despedir al árbol llegaron al río. El agua apenas corría y tenía un color negruzco, parecía estancada. En la superficie se veían peces muertos y olía muy mal.

—¡Coff! ¡Coff!

Alguien estaba estornudando. Parecía que la tos venía del hueco de un árbol seco junto a la orilla.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Lluvia.

—¡Agua! Por favor, necesito un poco de agua —respondió una voz muy débil.

Lluvia metió la cabeza en el hueco del árbol y vio a una ardilla que apenas podía moverse. Rápidamente sacó de su mochila una botellita de agua, que siempre le preparaba su madre para ir al colegio, y le dio un poco a la ardilla.

—Muchas gracias, estaba sedienta, —dijo la ardilla—, pensaba que me iba a morir de sed. Ayer intenté beber en el río pero el agua está envenenada así que no pude, y ya no tenía fuerzas para salir del bosque. Decidí refugiarme aquí esperando que alguien viniera a ayudarme. Por suerte habéis llegado vosotros y me habéis salvado.

—¿El agua estaba envenenada? ¿Y quien ha hecho eso? —preguntó Lluvia.





—Es por la fábrica. Echa sus productos químicos al río y está totalmente contaminado. Los peces se murieron por el veneno del río, y los animales ya no tienen donde beber, así que los que no han muerto por la sed han tenido que marcharse.

—¡Otra vez la fábrica! —dijo el abuelo con rabia.

—Abuelo tenemos que hacer algo, esto no puede seguir así, vamos al colegio a contarles todo a mis amigos. ¡Tenemos que salvar el bosque!

—Sí, Lluvia, tienes razón, tenemos que hablar con todo el pueblo si hace falta. Hay que recuperar el bosque, o pronto se morirán todos los árboles y animales. ¡Que tarde es, debemos darnos prisa o llegarás tarde a clase!

—¡Tengo una idea! Creo que os puedo ayudar a llegar antes al colegio,— dijo la ardilla- Esperad un momento aquí.

La ardilla subió a un árbol muy alto y empezó a hacer señas hacia el cielo. Lluvia y el abuelo no entendían nada de lo que ocurría, pero esperaron para ver cual era la idea de la ardilla. Una enorme bandada de pájaros se posó junto a la ardilla, que explicó lo sucedido; a una orden del jefe de la bandada, bajaron todos los gorriones volando hasta donde estaban Lluvia y su abuelo.

Los gorriones saludaron con una graciosa reverencia en pleno vuelo y sin mayor esfuerzo agarraron con el pico la ropa de Lluvia y del abuelo levantándolos en el aire. ¡Eran muchísimos!

—¡Volamos abuelo! ¡Que divertido!— dijo Lluvia.

—¡Ay Lluvia, esto está muy altoooo!— gritó el abuelo.

Subieron hasta casi llegar a la altura de las nubes, estaban volando por encima de los árboles, y todo se veía muy pequeño allá abajo. Iban muy deprisa, desde allí arriba ya se podía ver la clase de Lluvia.

Poco a poco el colegio se acercaba, aunque Lluvia sabía que en realidad eran ellos los que se estaban moviendo y no el colegio, pero su clase se hacía más y más grande. Los pelos del abuelo se habían puesto hacia atrás por la velocidad y resultaba muy gracioso verle así. Al principio, cuando los gorriones los levantaron, el abuelo se había asustado un poco, pero pronto había empezado a reír y también parecía muy contento con aquel extraño viaje aéreo.

Finalmente llegaron al colegio, la bandada de gorriones se despidió con unas divertidas piruetas circenses, y Lluvia y el abuelo entraron en la clase para contar con todo detalle a sus compañeros y a la profesora lo que les había ocurrido en su viaje al colegio.

Matilde, la profesora, al enterarse de lo sucedido se enfadó mucho, no entendía como había podido ocurrir algo así. Los humos de la fábrica no sólo afectaban al bosque, también estaban afectando a las personas que vivían en el pueblo, pero el humo de los coches y la contaminación* no les dejaba darse cuenta.



La alarma de los árboles debía servir también de aviso a los habitantes del pueblo, seguramente también ellos empezarían pronto a enfermar. Matilde dijo que entre todos debían hacer algo para salvar tanto al bosque como al pueblo de aquella fábrica tan contaminante; irían todos juntos a la fábrica para exigir una solución.

Cuando llegaron, pidieron hablar con el dueño, el señor Somalo. Al principio no quiso recibirles pero finalmente, después de mucho insistir, salió para hablar con ellos. Era un hombre bastante gordo y tenía un enorme bigote negro que le daba un aspecto un poco desagradable. Fue Matilde quien habló primero:

—*Venimos a pedirle que ponga unos filtros* en sus chimeneas y que deje de tirar al río sus residuos tóxicos. Los árboles del bosque están muy enfermos y los animales se están muriendo porque no tienen agua para beber, además todos estamos respirando esos humos horribles y todo por culpa de su fábrica.*

—*Eso que decís cuesta mucho dinero,*— contestó el señor Somalo de forma grosera-, ¿por qué tendría que pagarlo yo?, y además que me importan a mí los árboles y los animales, ni que fueran a ayudarme en algo. En cuanto a los humos que respiráis, también yo respiro el humo de los coches y no protesto.

—*Señor, muchas personas mayores de mi edad tienen problemas respiratorios causados por la contaminación, y su fábrica provoca que estos problemas aumenten. En cuanto al bosque, nosotros queremos poder ir allí y ver los árboles y los*

animales, y además, son seres vivos y tienen derecho a seguir viviendo en paz. Es usted un granuja y un canalla— dijo el abuelo.

—*¿Yo un canalla? Marchaos, no quiero seguir perdiendo el tiempo con vosotros, no pienso hacer nada de lo que pedís.*— el dueño enfadado, se metió en la fábrica dando un portazo.

Pero Lluvia no pensaba darse por vencida tan fácilmente y pidió a todos los niños y niñas del colegio que convencieran a sus padres y a sus vecinos, a todo el pueblo si fuera posible para que fueran a la fábrica al día siguiente. Alguien debía parar a aquel hombre cruel.

Al día siguiente no sólo los habitantes de Villacálida, sino la gran mayoría de los que vivían en los pueblos de al lado, Aldeaolorosa y Pueblorápido fueron a la fábrica para protestar; no querían seguir soportando la contaminación de la fábrica.

Lluvia nunca había visto a tanta gente junta, excepto en televisión, casi no cabían frente a la puerta. Los padres de Lluvia no habían podido ir porque su padre seguía de viaje y su madre había tenido que coger otra vez el autobús para trabajar, pero con el abuelo era suficiente.



Matilde, la profesora, exigió hablar de nuevo con el dueño que no parecía dispuesto a volver a hablar con ellos, y menos al ver la cantidad de gente que había ido a protestar para salvar el bosque.

Como parecía difícil que aquel hombre avaro y desconsiderado saliera por propia iniciativa, Matilde decidió asegurarse de que los recibiría. Gritó con fuerza que si no salía, se aseguraría de que todo el mundo supiera lo que sucedía en el bosque para que nadie en Villacálida, ni en los pueblos cercanos, ni siquiera en Ciudadgrís, volviera a comprar nada que se fabricara allí.

De esa forma tendrían que cerrar la fábrica, el bosque se salvaría y todos respirarían un aire más limpio. Ante aquella amenaza, a regañadientes, el señor Somalo decidió salir. Estaba muy enfadado, rojo de ira como un pimiento morrón, pero sabía que si no hacía lo que le pedían tendría que cerrar la fábrica porque nadie querría comprar sus productos y perdería mucho dinero.

Después de mucho discutir, se comprometió a limpiar el río, a recoger la suciedad del bosque y a no volver a contaminar a los árboles, ni a los animales.

Algunas semanas después, el bosque volvió a estar limpio, los animales regresaron poco a poco y los árboles pudieron volver a vivir en paz, sin gases, ni carteles y con agua transparente para beber. Todos los habitantes del bosque estaban muy agradecidos a Lluvia Encinas y a su abuelo Emilio porque gracias a ellos se había salvado su hogar.





Lluvia Encinas y las orugas bobas

*¡J*o Lluvia, me has dejado solo esperando! —dijo Martín. —Perdona Martín, ya sé que llego tarde, lo siento. Tenemos que irnos, date prisa, te lo explicaré por el camino, sígueme con tu bicicleta.

Lluvia llegó con su bicicleta nueva. Esperó hasta que Martín montó en su Mountainbike que estaba en el suelo y salió pedaleando con fuerza.

—Espera Lluvia, no vayas tan rápido, creía que íbamos a dar un paseo en bici, no una carrera.

—Sí, ya lo sé, pero tenemos que ir hasta el pinar de Aldeaolorosa y he prometido a mi madre llegar a cenar, no tenemos mucho tiempo —dijo Lluvia sin parar de pedalear.

—¿Pero para que vamos hasta el pinar? ¡Está lejos!
—Los pinos me han pedido ayuda. Tienen un serio problema, ya lo verás cuando lleguemos.

Martín estaba intrigado pero no quiso seguir preguntando, Lluvia iba muy deprisa y le costaba seguirla, ya habría tiempo para explicaciones.

Martín y Lluvia se conocían desde 1º de primaria. Lluvia era distinta a las otras chicas de clase, siempre jugaba con los chicos al fútbol, era muy rápida y todos querían que fuera en su equipo. Lluvia tenía muchas amigas y amigos en clase pero Martín era el mejor, era muy divertido y siempre se reían mucho cuando estaban juntos.

Aquel día habían quedado para pasear en bicicleta, pero Lluvia había llegado tarde porque justo cuando salía de casa, una ardilla había traído un mensaje de los pinos de Aldeaolorosa. Al parecer los pinos se habían enterado de que Lluvia había ayudado a los árboles de Villacálida, al salvarles de la contaminación de la fábrica, y querían que les ayudara a ellos también con su problema: ¡tenían una invasión de orugas!



Al llegar al pinar, Lluvia y Martín dejaron las bicicletas en el suelo. Lluvia se puso sus gafas especiales y le dio otras a Martín, que le había pedido a su abuelo, explicándole para que servían.

En seguida empezaron a oír un extraño sonido, muy bajito pero un poco molesto: Argggg, Yarggg, Arggg, Yarggg. Se acercaron, y descubrieron de donde provenía el molesto ruido. Era una enorme hilera de orugas que se alejaba hacia el interior del bosque y no parecía tener final.

Todas hacían el mismo sonido a la vez: *Arggg, Yarggg, Arggg, Yarggg*. Lo decían sin parar, mientras avanzaban lentamente siguiendo aquella interminable línea recta. Lluvia se acercó a uno de los pinos más grandes. Quería saber más sobre aquella invasión.

—*Hola señor pino, soy Lluvia Encinas, he venido para intentar ayudarles en su problema. Este es mi amigo Martín.*

—*Hola Lluvia, hola Martín, ¡muchas gracias por venir tan pronto! Tenemos un terrible problema y necesitamos que alguien nos ayude, ¡estamos invadidos!*

—*Sí, ya lo veo, son muchísimas, cuéntenos qué ha pasado exactamente y cómo podemos ayudar* —pidió Lluvia.

—*Hace unos meses empezaron a colocar las orugas sus nidos blancos en nuestras copas. Al principio no nos preocupamos mucho, entendemos que todos los animales pueden vivir en el bosque y que debe haber espacio para todos, pero son muchí-*

simas y nos están debilitando demasiado. Se alimentan de nuestra savia por la noche y estamos ya muy débiles, ¡nos están matando lentamente! Todos los pinos del pinar están muy enfermos. Y por si esto fuera poco, los animales nos evitan para que no les piquen las orugas y, ¡cada vez estamos más solos! Para que un bosque esté sano, necesita muchos animales y plantas distintos.*

—*Bueno no te preocupes, espero que todo se arregle. Hablaré con las orugas para que os dejen en paz y se vayan a otra parte. Intentaré convencerlas.*

—*Ya hemos intentado hablar con ellas pero no nos hacen ningún caso. Siguen su camino con su Arggg, Yarggg, Arggg, Yarggg* —explicó el pino— no sé si no nos oyen, o si es que no les importamos lo más mínimo.

—*Bueno, no perdemos nada por intentarlo. Te prometo que haremos todo lo que podamos para ayudaros. Vamos Martín, hablemos con las orugas.*

—*Muchas gracias amigos, tened cuidado, no las toquéis, ni os acerquéis demasiado o su veneno os irritará la piel* —avisó el árbol.

Lluvia y Martín se acercaron hasta la hilera de orugas pero con precaución recordando las palabras del pino. Las orugas seguían con su marcha imperturbable*, sin prestarles atención.

—*¡Hola señoras orugas!* —saludó Lluvia.

—*Arggg, Yarggg, Arggg, Yarggg* —las orugas la ignoraron.

—¡Hola! ¿Podéis oírme? Por favor, quiero hablar con vosotras.

—Arggg, Yarggg, Arggg, Yarggg.

No había forma de hablar con ellas. Lluvia y Martín siguieron la fila de orugas para ver si llevaba a algún sitio, quizá dieran con alguna oruga más comunicativa. Después de caminar un buen rato llegaron hasta la oruga que dirigía la marcha.



—Señora oruga ¿podemos hablar con vosotras? —Martín y Lluvia se habían puesto en medio del camino impidiendo avanzar a aquella fila infinita de orugas.

—¡Quitaos de en medio o ateneos a las consecuencias! Arggg, Yarggg, Arggg, Yarggg. —ordenó la oruga.

—Estáis matando a los pinos, y las ardillas y liebres del bosque se han marchado por vuestra culpa, ¿por qué no los dejáis vivir y os vais a otro lado? ¡Sois demasiadas! —preguntó Lluvia.

—Métete en tus asuntos niña, es nuestra comida y aquí estamos a gusto, ¡última advertencia, apartaos! —amenazó la oruga.

—Pero, si los pinos se mueren, os quedareis sin comida de todos modos, ¿no podéis intentar vivir todos juntos? —dijo Martín.

—No. Arggg, Jarggg —dijo la oruga jefe dirigiéndose hacia sus compañeras.

A la orden de su líder, las orugas que estaban más cerca de Lluvia y Martín soltaron sus pelillos venenosos. Al verlo, Lluvia y Martín empezaron a correr para no ser alcanzados por el veneno, pero algunos de los pelos tocaron el brazo de Martín y se le empezó a hinchar y a ponerse rojo.

—Corre Martín, debemos ir a casa, mi madre te curará. —dijo Lluvia.

La madre de Lluvia era enfermera y sabría curar a Martín. Cogieron las bicicletas y empezaron a pedalear con todas sus fuerzas hacia la casa de Lluvia. A Martín le picaba mucho el brazo pero no protestó, era muy valiente y además no quería que Lluvia le viera llorar, solo quería llegar cuanto antes para que pudieran darle algo que le curara aquel picor.

Cuando llegaron a la casa de Lluvia sólo estaba su madre; el abuelo se había ido a cenar con tía Gertrudis, que estaba de visita unos días en Ciudadgris, y el padre de Lluvia estaba otra vez de viaje de trabajo. La madre de Lluvia miró el brazo de Martín y se asustó un poco. Estaba muy hinchado y enrojecido.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Fueron las orugas, nos atacaron mama.

—Las orugas no atacan hija mía, se sentirían en peligro y por eso soltarían sus pelos urticantes*.

—Bueno, puede que no entendieran que solo queríamos hablar con ellas, pero hicieron daño a Martín, ¿puedes curarle? Le pica mucho.

—Tranquila, le daré una pomada que le bajará la inflamación, no te preocupes. ¿En que lío os habéis metido esta vez? ¿Por qué se enfadaron las orugas? De verdad Lluvia, no se os puede dejar solos, tenéis que tener más cuidado—dijo la madre de Lluvia un poco enfadada.

—Lo sé mama, pero no volverá a ocurrir te lo prometo, no te preocupes. Hemos aprendido la lección —aseguró Lluvia.

—¿Te escuece mucho Martín?

—Me pica un poco señora Encinas.—dijo Martín.

—Bueno esto te calmará, —dijo la madre de Lluvia mientras aplicaba la pomada—,tranquilízate pronto se te pasará. Avisaré a tus padres por teléfono para que te vengán a buscar y mañana vendrás andando a por tu bici; no quiero que utilices ahora el brazo para que esté relajado.





Los padres de Martín vinieron a buscarle en coche y se marchó a casa aún un poco dolorido.

Lluvia cenó pronto y se fue a la cama, pero esa noche apenas pudo dormir pensando en las orugas. Tenía que solucionar el problema de los pinos, debía hacer algo para obligar a marcharse a las orugas, pero ¿qué? Lluvia no sabía nada sobre orugas. Quien podría ayudarla... entonces tuvo una idea, sí, esa era una idea genial, iría a ver a la señora Escribano ella podría ayudarla.

Al día siguiente, después de clase, Lluvia pidió permiso a su madre para ir a la biblioteca municipal. Quería ir a ver a la señora Escribano, la bibliotecaria- La biblioteca estaba muy cerca de la casa de Lluvia y no tardó nada en llegar.

Era un edificio muy bonito, pero lo que más le gustaba a Lluvia eran todas las estanterías llenas de libros de distintos tamaños y colores. Había muchísimos libros. Libros para niños, para mayores, para estudiar, de naturaleza, de viajes... había de todo.

A Lluvia le gustaba mucho leer, sobre todo los días que llovía y no podía salir de casa a jugar con sus amigos o a montar en bici. Siempre pedía consejo a la señora Escribano para que le recomendara algún nuevo libro.

La bibliotecaria era una mujer mayor, muy simpática y cariñosa. Un día había explicado a Lluvia que cada vez iban menos niños a la biblioteca, pero no porque ya no fuese divertido leer, o no se escribieran buenos libros; leer seguía siendo igual de divertido y los libros se seguían escribiendo igual, el



problema es que los niños ya no lo intentaban. Les faltaba la imaginación, la mejor cualidad de un niño, porque no la utilizaban. Preferían ver la televisión o jugar con la consola, y no tener que pensar en nada, sin darse cuenta de lo que se estaban perdiendo.

Lluvia estaba de acuerdo con la señora Escribano, a la mayoría de sus amigos no les gustaba leer, decían que era un rollo. Pero Lluvia lo pasaba genial imaginándose todas las aventuras que les sucedían a los personajes de los cuentos y libros que leía. Si no probaban a leer un buen libro ellos se lo perdían.

—*Hola Lluvia, ¿que tal estás?* —preguntó la señora Escribano.

—*Bien, pero estoy buscando algo y necesito su ayuda.*

—*Cuéntame, ¿en que puedo ayudarte?*

—*Quiero un libro que hable de las orugas.*

—*¿Las orugas? Vaya tema más raro.*

—*Es para un trabajo del cole* —dijo Lluvia con una sonrisa.

No le gustaba mentir y menos a la señora Escribano que siempre se portaba muy bien con ella, pero prefería no tener que contar lo ocurrido con las orugas otra vez. Con la regañina de su madre había tenido suficiente.

—Ah claro, en ese caso buscaré en la sección de naturaleza, no te preocupes, seguro que encontramos algún libro que te ayude, espera aquí un momento.

Al poco rato la bibliotecaria apareció con dos libros sobre bosques y los puso sobre la mesa.

—A ver, orugas... orugas... sí, mira, aquí, oruga procesionaria, creo que esto es lo que buscas —dijo la señora escribano dándole el libro.

—Muchas gracias, lo miraré despacio, seguro que me ayudará mucho ¿Puedo llevármelo a casa?

—Sí claro, te lo apunto en tu carné de la biblioteca, tienes un mes para devolverlo.

—No creo que tarde tanto ja ja, gracias de nuevo señora Escribano.

—De nada Lluvia, ven cuando quieras.

—Adiós.

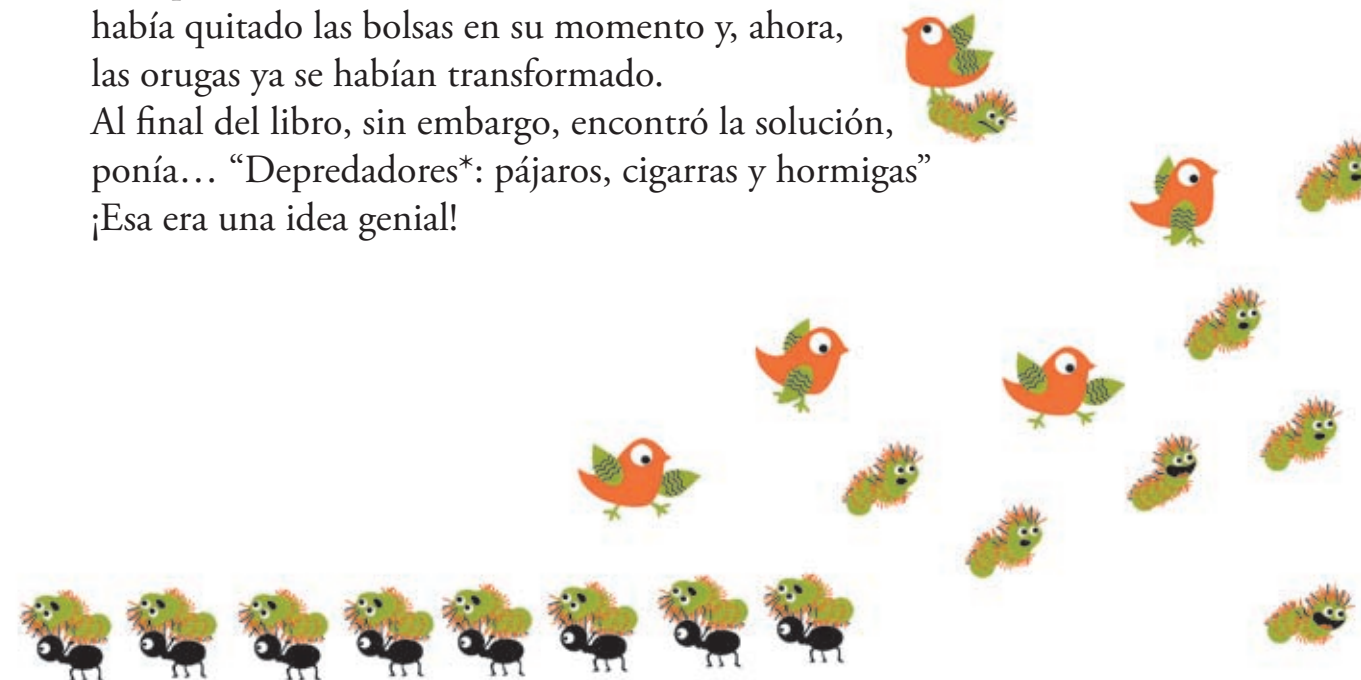
—Adiós.

Lluvia se marchó directamente a casa, quería empezar a leer el libro cuanto antes, seguro que encontraría la clave para derrotar a las orugas.

Al llegar a casa, Lluvia dio un beso al abuelo que estaba tomando un chocolate caliente en el salón y subió corriendo a su habitación.

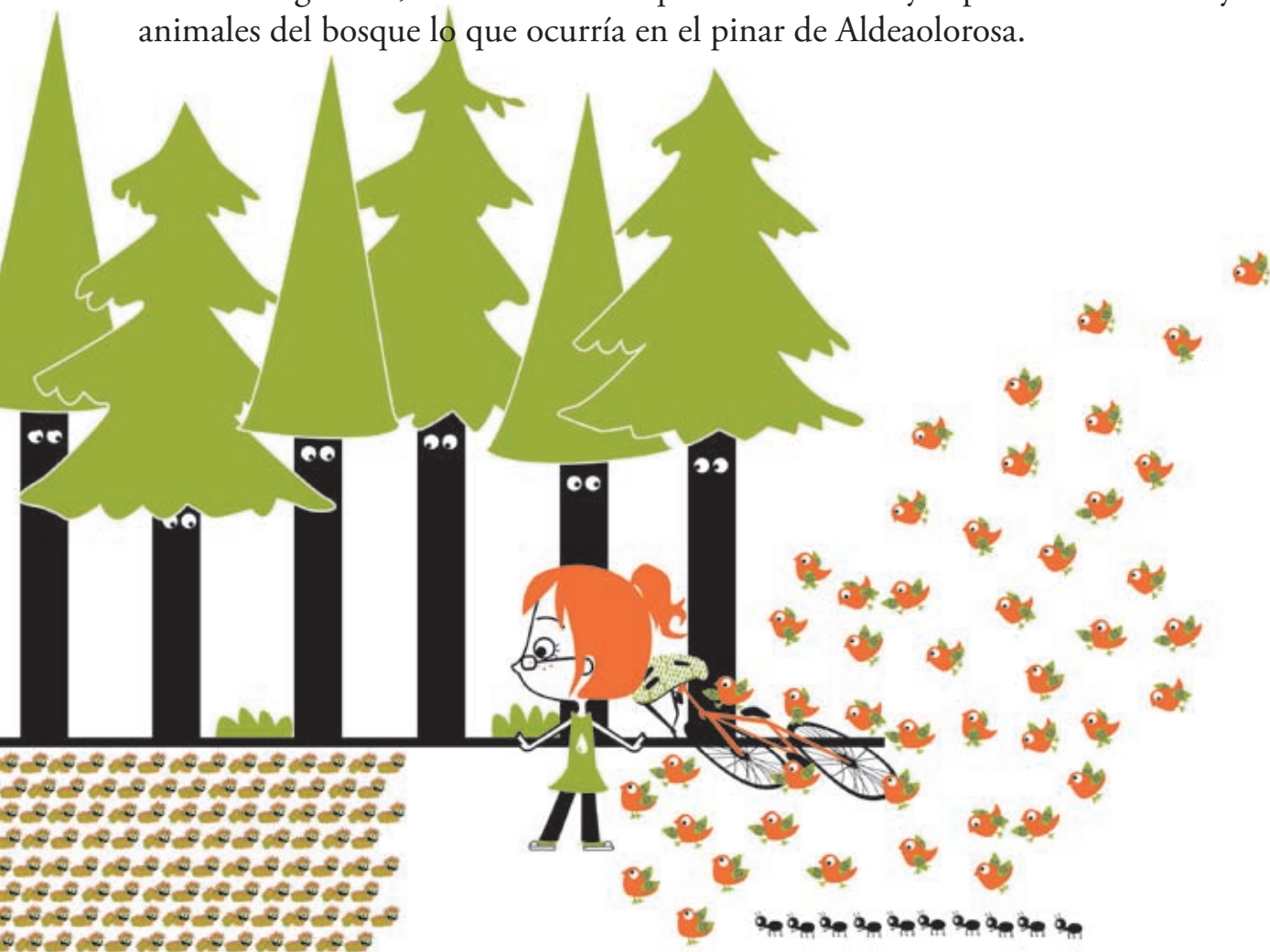
Una vez dentro, abrió el libro por la página que le había marcado la señora Escribano. Era un libro muy bonito con unos dibujos magníficos, explicaba que había muchos pinares con invasión de procesionaria que debilitaba a los pinos. Al parecer, la mejor manera de evitar a las orugas era eliminar las bolsas de larvas antes de la transformación, ya que, una vez que se habían transformado en orugas, resultaba mucho más difícil acabar con ellas.

Aquellas no eran muy buenas noticias, nadie había quitado las bolsas en su momento y, ahora, las orugas ya se habían transformado. Al final del libro, sin embargo, encontró la solución, ponía... “Depredadores*: pájaros, cigarras y hormigas” ¡Esa era una idea genial!



En realidad, según decía el libro, la culpa de la invasión no era de las orugas. El problema era que los pájaros e insectos se habían marchado de muchos bosques por culpa de los humanos, y las orugas, al dejar de ser su comida, se habían multiplicado en forma de plagas*. Lluvia debía pedir ayuda a los pájaros y a las hormigas para volver a equilibrar el bosque.

Al día siguiente, Lluvia fue al bosque de Villacálida y explicó a los árboles y animales del bosque lo que ocurría en el pinar de Aldeaolorosa.



Les pidió su ayuda para avisar a todos los pájaros que fuera posible para eliminar aquella plaga de orugas. Los habitantes del bosque estaban en deuda con Lluvia, y además querían ayudar a los pinos, así que prometieron avisar a todos los pájaros de la comarca. Las ardillas se fueron a todos los parques y bosques cercanos, y pronto, se corrió la voz: Lluvia necesitaba ayuda para luchar contra las orugas.

Se juntó un enorme ejército de pájaros en pocas horas y se dirigieron todos al pinar de Aldeaolorosa. También las hormigas y, algunas cigarras y saltamontes, acudieron a la cita, querían defender el bosque. Lluvia los esperaba allí con su bicicleta, observando a las orugas. Antes de ordenar a su ejército atacar, Lluvia quiso dar una última oportunidad a las orugas. En realidad no tenían la culpa, sólo eran un poco bobas y no se daban cuenta de que con su invasión provocaban un desequilibrio en el bosque y de que pronto, si los árboles morían, se quedarían sin comida ellas también.

—¡Orugas, marchaos a otro lugar y dejad en paz a los pinos o les diré a los pájaros que os coman! —amenazó Lluvia gritando con fuerza.

—Arggg, Yarggg, Arggg, Yarggg. Nunca nos rendiremos —contestaron las orugas.

Las orugas se preparaban para soltar los pelos venenosos, así que Lluvia no tuvo otra opción que ordenar atacar a los pájaros y hormigas. Los pájaros se abalanzaron contra las orugas, eran muchísimos y los pelos venenosos apenas les hacían daño.

Las hormigas, los saltamontes y las cigarras también comenzaron a morderlas con fuerza. En pocos minutos aquel improvisado ejército se comió a casi todas las orugas del pinar.

Los pinos al ver la victoria de los pájaros gritaron: *“Hurra, nos hemos librado de las orugas”*. Estaban muy felices y agradecidos por la ayuda de Lluvia y de los pájaros, hormigas, saltamontes y cigarras que les habían salvado de aquella plaga.

Lluvia estaba muy contenta pero no podía quedarse mucho más en el pinar, quería marcharse cuanto antes para contar todo lo ocurrido a Martín, que no había podido ir porque sus padres no querían que le volvieran a picar las orugas. Lluvia tenía que explicarle todo lo que había pasado y celebrarlo con él.

Sin embargo, el problema no estaba aún resuelto. Las orugas podían volver a invadir el pinar porque allí no vivían ni pájaros, ni insectos, ni reptiles suficientes que mantuvieran el equilibrio del pinar e impidieran a las orugas dominar el bosque.

Lluvia pidió ayuda a todos sus amigos y amigas de la escuela para que los pájaros e insectos volvieran a vivir en el pinar. Entre todos, colocaron niales para pájaros, trajeron ranas y sapos de otros bosques, y pusieron refugios para que las hormigas y otros insectos pudieran vivir allí cómodamente. Además, curaron a los árboles enfermos y limpiaron de malas hierbas la base de los árboles para que estuvieran más fuertes, ya que en el libro de Lluvia decía que las orugas solamente atacaban a los árboles más débiles.

En poco tiempo, el pinar se convirtió en un magnífico lugar para los insectos y pájaros y, muchos de ellos, se fueron a vivir allí. Así, el pinar volvía a estar en equilibrio, quizá podrían seguir allí algunas orugas pero tendrían que aprender a convivir con el resto de animales y plantas.





Lluvia Encinas detective

Aquella tarde Martín y Lluvia se estaban tomando un helado gigante de chocolate en la heladería del pueblo. A los dos les encantaban los helados, sobre todo los de chocolate. Sus padres preferían que comieran helados sólo en verano, porque decían que cuando hacía frío se podían resfriar, pero estaban en verano, y además, estaba haciendo mucho calor, así que Lluvia y Martín se habían ido a la heladería y estaban sentados en una de las mesas del fondo disfrutando de aquellos enormes helados.

Las clases habían terminado hacía dos semanas y Lluvia y Martín estaban juntos todo el día.

Lluvia siempre quería ir a casa de Martín porque así podían bañarse en su piscina, que era enorme. Luego, por la tarde, cuando hacía menos calor, se iban a montar en bici por Villacálida.

Cuando estaba a punto de terminar su helado, Lluvia vio entrar en la heladería a dos hombres muy extraños. Uno era alto y delgado, muy desgarrado.



El otro era gordo y bajito y tenía un parche en el ojo izquierdo. Los dos eran muy feos y no parecían muy listos. No debían de ser de Villacálida porque Lluvia no los había visto nunca. Se sentaron en la mesa de delante y no parecieron darse cuenta de que Lluvia y Martín estaban allí. Seguramente pensaban que no había nadie en la heladería.

—¿Has comprado ya la gasolina, MalaCara? —dijo el hombre tuerto.

—Sí, Solounojo. La tengo en la furgoneta. —respondió el más delgado—
¿Cuándo lo haremos?

—El Señor Somalo dijo que esperásemos a mañana que hará más viento y será más difícil de apagar. Debemos reunirnos con él a las ocho en punto junto a la puerta del colegio para que nos diga el lugar exacto del incendio.

—Perfecto, espero que lo hagamos rápido, no quiero quedarme mucho en este pueblucho.

Lluvia había oído toda la conversación, y no se atrevía a moverse por miedo a que pudieran hacerles daño si se enteraban que había escuchado todo.



Estaba tumbada en el asiento para que no la pudieran ver. ¡Aquellos hombres iban a provocar un incendio al día siguiente! y el señor Somalo, el dueño de la fábrica de Villacálida, era su jefe y les iba a decir esa misma tarde donde iniciar el fuego.



¡Era horrible! Martín también los había oído y estaba escondido debajo de la mesa. Esperaron hasta que los dos hombres se marcharon y después salieron a la calle.

—¿Has oído Martín? ¡Van a provocar un incendio! —dijo Lluvia.

—Sí, yo también lo he oído, ¿qué podemos hacer? —preguntó Martín.

—No lo sé, si se lo contamos a los mayores no nos creerán, dirán que no es posible, y además no sabemos que es lo que quieren quemar, ni por qué.



—Sí, eso es cierto. Pero no podemos quedarnos sin hacer nada. Algo podremos hacer.

—Yo no he dicho que no hagamos nada. Esos hombres van a reunirse con el dueño de la fábrica en el colegio a las ocho. Basta con que nos enteremos de donde van a comenzar el incendio.

—Pero Lluvia, eso será peligroso.

—Sí, lo sé, pero tengo una idea. Mi abuelo tiene dos radioteléfonos en casa y con ellos podemos oír todo lo que digan esta tarde sin tener que ponernos cerca. Vamos a ser Lluvia y Martín los detectives! Aunque claro, mi abuelo también tiene que venir, no nos dejará que lo hagamos solos.

—¡Genial Lluvia!, que lista eres. ¿Y crees que tu abuelo querrá ayudarnos?

—Seguro, no te preocupes por eso, el abuelo estará encantado de resolver el misterio, ya lo verás.

Los dos chicos fueron rápidamente a casa de Lluvia. El abuelo al verles entrar al salón les saludó muy contento.

—Hola Lluvia, hola Martín, ¿qué tal todo?

El abuelo estaba en el sofá con su taza de chocolate caliente y un pastel de manzana que había preparado la madre de Lluvia. Era su merienda preferida.

—Hola abuelo —saludó Lluvia.

—Hola Don Emilio —saludó Martín.

Los dos se quedaron callados, no sabían como explicar lo que había sucedido en la heladería.

—*Hablad chicos, algo os sucede, lo noto, contádmelo, seguro que os puedo echar una mano* —les animó el abuelo.

—*Estamos metidos en un gran misterio y necesitamos tu ayuda abuelo. Te prometo que fue por casualidad, yo no quería meterme en líos, pero ahora no puedo hacer como que no pasó nada.*

—*Me estas asustando Lluvia. ¿Qué os ha pasado?*

—*Estábamos en la heladería comiendo una enorme bola de chocolate, cuando dos hombres muy malos entraron. Ellos no nos vieron, el heladero estaba dentro y pensaban que estaban solos, así que hablaron en voz alta y nosotros les oímos. Dijeron que iban a incendiar algo, y que el señor Somalo les diría esta tarde donde tenía que empezar el fuego. ¡Se van a reunir al lado del colegio!*

—*A ver Lluvia, eso no puede ser, seguro que lo oirías mal* —aseguró Don Emilio.

—*Lo ves Martín, ya te dije que no nos creerían, ¡ni siquiera el abuelo nos cree!*
—dijo Lluvia.

—*Nieta, sí que te creo, sólo digo que no entenderías bien lo que estaban dicen-*

do, eso es todo —protestó el abuelo.

—*Bueno, lo oirás por ti mismo, queremos estar en el colegio cuando se reúnan esos dos hombres con el señor Somalo.*

—*Pero, si es cierto lo que decís, eso sería muy peligroso* —replicó el abuelo.

—*No abuelo, no te preocupes, ya lo hemos pensado, usaremos tus radioteléfonos. Escondaremos uno frente a la puerta del colegio y escucharemos todo desde el otro lado de la calle sentados en la cafetería de enfrente.*

El abuelo se los quedó mirando, parecía estar decidiendo si aceptar o no la propuesta de Lluvia. Finalmente sonrió.

—*Vale, está bien, os ayudaré, pero si todo esto es cierto, después iremos a la policía y ellos se encargarán de todo. Nada de meternos en líos.*

—*Gracias, claro que sí abuelito, te lo prometo. Nada de líos.*

A las ocho de la tarde, Lluvia, Martín y el abuelo de Lluvia estaban junto al radioteléfono en la cafetería, frente al colegio de Villacálida, esperando. Desde la ventana vieron aparecer a los dos hombres de la heladería y, a los pocos minutos, llegó el Mercedes del señor Somalo.

El dueño de la fábrica bajó del coche y se reunió con sus dos hombres en la calle, justo al lado de la papelería donde el abuelo había escondido el otro radioteléfono.

—Hola señor Somalo.

—Hola chicos. ¿Lo tenéis todo listo?

—Sí, señor, está todo. Sólo díganos en qué parte del bosque quiere que empecemos el incendio y lo haremos. —dijo Malacara.

Al oír aquello, Lluvia sintió un escalofrío, ¿querían incendiar el bosque de Villacálida!

—Mirad, en realidad, el sitio exacto me da igual, pero necesito que toda la parte oeste quede totalmente quemada para poder construir allí una gran urbanización. Estos son los planos del lugar donde quiero construir, tomad —explicó el señor Somalo.



—Bien como quiera señor, no hay problema, ¿Usted cree que el fuego arderá rápido? —preguntó Solounojo.

—Sí, no hay problema. Ya no se limpia el bosque de madera vieja, porque no se utiliza la madera seca para leña como antes, y a nadie parece preocuparle que los árboles estén saneados y verdes o no; así que toda esa madera tirada servirá de combustible. Además, con el calor que hace, prenderá muy rápido. Otra cosa, quiero adelantar el incendio, no correremos riesgos, en lugar de mañana, lo haremos hoy; en cuanto terminemos esta conversación, id al bosque con la gasolina, esparcirla y prendedle fuego.

Lluvia y el abuelo se miraron, aquello complicaba las cosas, ¿la policía no llegaría a tiempo!

—Como usted mande jefe. Pero, ¿y su fábrica?, ¿no arderá en el incendio también? —preguntó Malacara.

—Ya he enviado a varios hombres con mangueras y además han preparado un cortafuegos* para que el fuego no afecte a la fábrica. No os preocupéis, está todo bajo control.

—Muy bien jefe, no se preocupe. Mañana se levantará mucho más rico, ya lo verá, jajaja. —dijo Solounojo.

No había mucho tiempo para pensar. El abuelo envió a Martín a la comisaría; había grabado toda la conversación y en cuanto la policía oyera la cinta detendría a aquellos hombres. Mientras, Luvia y el abuelo intentarían ganar tiempo para que la policía pudiera llegar y evitar el incendio.



Luvia y el abuelo alcanzaron el bosque un poco antes que los hombres del señor Somalo. Ya era de noche y apenas se veía nada. ¿Qué podían hacer? ¿Cómo les detendrían? A Luvia se le ocurrió una idea, era una locura pero quizá podía funcionar.

—*Déjame tu camisa abuelo. Confía en mí, saldrá bien.*

Luvia se fue corriendo hacia el interior del bosque con la camisa, y el abuelo se quedó en camiseta vigilando, escondido detrás de la primera línea de árboles. Ya se veían dos siluetas acercándose hacia él. Pasaron varios minutos sin que el abuelo volviera a ver aparecer a Luvia. Fuera lo que fuera lo que quería hacer su nieta debía hacerlo rápido, no quedaba mucho tiempo antes de que iniciaran el incendio y todo se quemara.

Apenas estaban los hombres del señor Somalo a unos metros del bosque, cuando apareció volando un cuerpo sin cabeza, con unos ojos enormes y brillantes. Una extraña luz refulgía* en todo el cuerpo.

—*¡Quietos!* - gritó una voz cavernosa —*¡soy el ánima* del bosque!*

Los dos hombres, al ver al espíritu, se quedaron aterrados. Un ánima del bosque venía volando hacia ellos. Les entró mucho miedo.

—*Veo que queréis provocar un incendio. ¡Preparaos para morir! ¡No puedo permitir que queméis el bosque!* —prosiguió el espíritu señalándolos.

Malacara y Solounojo, al oír la amenaza, muertos de miedo, se dieron la vuelta, tirando los bidones de gasolina que llevaban en las manos al suelo, y salieron corriendo, sin mirar atrás.



—*¡Socorro! ¡Nos persigue un espíritu y quiere matarnos!* —gritaban como locos mientras seguían corriendo sin parar.

El abuelo no entendía nada. ¿Conocía Lluvia al espíritu del bosque y le había pedido ayuda? El espíritu se acercó, ¡llevaba su camisa! Entonces de la camisa salieron un búho y varios gorriones y luciérnagas, y al hacerlo la camisa cayó al suelo sin fuerza.

—*Hola abuelo, jajaja, ¡Ha funcionado, han huido! ¡Se han creído que había un espíritu!* —Lluvia hablaba desde lo alto de un árbol.

Había sido ella quien había gritado con voz profunda las palabras del “ánima” del bosque. Los brillantes ojos eran los del búho y los gorriones habían movido las mangas de la camisa para simular que el espíritu señalaba a los malhechores. En cuanto a las extrañas luces que había visto el abuelo, eran luciérnagas que también habían ayudado a Lluvia colocándose bajo la camisa —*pedí ayuda a los animales del bosque para asustarles.*

—*Que susto me has dado hija mía, aunque más susto se han llevado esos dos, no creo que paren de correr hasta que lleguen a la ciudad, estaban muertos de miedo, jajaja.* —dijo contento el abuelo.

—*Sí, les hemos engañado, menos mal, yo también estaba muerta de miedo pensando en lo que harían si nos descubrían.*

—*Has sido muy valiente Lluvia, estoy muy orgulloso de ti.*

Poco después llegó Martín con la policía. Les contó que habían detenido a los dos hombres del señor Somalo porque, al salir corriendo precipitadamente del bosque, habían tropezado con la policía y, al verles huir, los policías les habían arrestado. También habían detenido al señor Somalo gracias a la cinta que había grabado el abuelo. Ya no podría volver a intentar incendiar nada de nuevo.

Pero Lluvia no se conformaba con eso. Quería limpiar el bosque para que no se pudiera quemar tan fácilmente. Para ello pidió ayuda a todos los habitantes de Villacálida y entre todos cortaron los árboles secos, limpiaron las ramas caídas y sanearon todo el bosque para que siempre estuviese verde y hermoso.

Una parte de la madera recogida, la trituraron y la colocaron cerca de los árboles para que les sirviera de alimento y, el resto, la guardaron para usarla como calefacción en la escuela y el ayuntamiento en invierno; así el bosque les daba lo que necesitaban y a cambio los habitantes de Villacálida se comprometían a tenerlo siempre limpio.

A los pocos meses el señor Somalo salió de la cárcel. Había pagado una enorme fianza* y el juez le dejó salir; no había estado mucho en la cárcel pero

Lluvia supuso que la próxima vez que quisiera perjudicar a los árboles se lo pensaría dos veces.





Lluvia Encinas y el misterio del bosque

Lluvia y Martín habían ido aquella mañana con sus bicicletas a un hayedo situado a medio camino entre Villacálida y Pueblorápido. Según les había explicado el abuelo, era un bosque muy sombreado y se estaba muy fresquito gracias al río que lo atravesaba por la mitad. Sin embargo, desde hacía meses, nadie iba allí porque decían que estaba maldito.

Lluvia había convencido a Martín para ir al hayedo. Decía que ningún bosque podía estar maldito y que tenían que resolver el misterio para que todo el mundo volviera a ir al bosque como antes.

Tanto Lluvia como Martín tenían un poco de miedo al entrar. Sabían que los árboles no les harían nada, pero no sabían en realidad cual era el motivo por el que decían que estaba maldito.

Se estaba muy a gusto allí, ya que no tenían que soportar el calor del verano. Era un lugar muy silencioso. Lluvia, más tranquila, decidió agacharse en un claro del hayedo, cerró los ojos y escuchó los sonidos del bosque para ver si oía algo extraño. En seguida pudo oír correr el agua del río golpeando con suavidad las piedras de la orilla y también escuchó a los petirrojos. Un poco después a las chicharras, e incluso, a una ardilla mientras comía los frutos de los árboles con sus pequeños dientes. ¡Aquello era genial! ¿Por qué nadie iba a aquel bosque? ¿Era muy divertido! Parecía en silencio, pero en realidad estaba lleno de vida.

Lluvia y Martín se pusieron sus gafas para ver el mundo invisible del bosque y continuaron su camino. De repente, escucharon quebrarse una rama. Lluvia con rapidez, sin pensar, apartó a Martín de un empujón y, segundos después, una enorme rama golpeó con fuerza el suelo en el mismo sitio donde se encontraba Martín antes del empujón de Lluvia.

—*Bufff, por poco, muchas gracias Lluvia, ¡casi me da en la cabeza!* —dijo Martín asustado aún por la inesperada caída de la rama.

—*Sí, ha estado cerca. Tenemos que andar con cuidado. Puede que sea ésta la causa de que nadie venga a este bosque.*





Siguieron caminando aunque con mayor cuidado. Apenas habían recorrido 200 metros, cuando a su derecha, oyeron un ruido enorme. Los dos niños se quedaron quietos, un poco asustados. No sabían qué había podido causar un ruido tan grande.

Cuando vieron que no había peligro, se dirigieron hacia el lugar de aquel estruendo con mucha precaución. Era un árbol muy grande que había caído de repente al suelo, golpeando a los árboles cercanos y llevándose en su caída algunas ramas de los árboles vecinos.

—*¡Otra más, esto es horrible!* —oyeron— ¡ya van seis esta semana!, ¡y esta era grandísima!... ¿Quién será la siguiente en caer?

Era un haya quien hablaba. Parecía preocupada y un poco temerosa, como si esperara ser la siguiente en derrumbarse.

—*¿Qué ha ocurrido señora haya?* —preguntó Lluvia al árbol que había hablado.

—*¡El haya que estaba a mi lado se ha caído de repente! Ayer empezó a sentirse muy mal, dijo que sentía como un hormigueo interno muy incómodo, y hoy, como habéis visto, la pobre se ha derrumbado. Otros cinco árboles han caído de la misma forma esta semana, y en lo que va de mes ya son más de veinte los árboles caídos, todos muy cercanos al río. Tenemos todas mucho miedo de enfermarnos, y lo peor, es que no sabemos cuál es la causa* —contestó el haya.

—¡Vaya misterio, pobres hayas! Martín tenemos que intentar ayudarlas. Hay que encontrar la enfermedad que las está matando para que no sigan muriendo.

—Sí, Lluvia, cuenta conmigo, pobrecillas —dijo Martín apenado.

—Oh, si pudierais ayudarnos... —dijo agradecida el haya— no sabemos que hacer, estamos muy preocupadas. Además como se caen las ramas y los árboles, ya nadie viene a este bosque. Dicen que está maldito y estamos muy solas.



—Tranquila, seguro que os podemos ayudar. Ya hemos ayudado a otros bosques antes —explicó Lluvia— Encontraremos lo que os hace enfermar, no te preocupes, y pronto vendrá mucha gente para ver vuestro bonito hayedo.

Uy, es muy tarde, ahora tenemos que marcharnos o mi abuelo se preocupará pero antes de irnos os curaremos. Los árboles caídos os han dejado muchas heridas.

—Sí, es verdad, no podemos dejarlas así o enfermarán —dijo Martín.

Martín y Lluvia curaron las heridas de las hayas, se despidieron, prometiendo volver para ayudarlas con el misterio del bosque, y cogieron las bicicletas para volver a casa. Ya era casi la hora de comer. La cura de los árboles había sido un poco larga por lo dañadas que estaban las ramas, si no se daban prisa el abuelo de Lluvia empezaría a preocuparse.

Llegaron a casa de Lluvia a las dos y media, y la comida ya estaba lista. El abuelo, tal y como habían imaginado, estaba un poco preocupado al ver que no llegaban, y Lluvia y Martín tuvieron que explicarle todo lo que había sucedido, aunque eso sí, lo hicieron mientras comían porque ¡estaban hambrientos!

La mañana había sido muy emocionante y se habían cansado un poco curando a los árboles. La comida estaba riquísima, el abuelo había preparado unos deliciosos macarrones con carne, tomate y un poco de queso parmesano por encima.

Al contar al abuelo lo ocurrido, Lluvia recordó la rama que casi había golpeado a Martín y la cara que había puesto al empujarle. Habían pasado un poco de miedo, pero, al recordarlo, se rieron mucho. El abuelo los escuchó preocupado por las hayas.

—*Lo que me habéis contado es muy extraño.* —dijo el abuelo —*No sé como podemos ayudar a esas pobres hayas. ¿Qué estará pasando?*

—*Nosotros tampoco lo sabemos abuelo, es muy misterioso, ni siquiera las hayas saben que sucede.* —dijo Lluvia

—*Bueno, tengo una idea, podemos ir mañana a visitar a un amigo mío que trabaja en la ciudad: Florencio Frutos. Es técnico forestal y puede que sepa lo que está ocurriendo en el bosque.* —dijo el abuelo cuando escuchó toda la historia.

—*Yo mañana no puedo, mi madre me dijo que iremos a casa de mis primos.* —dijo Martín.

—*¡Jo, que pena! Será divertido ir a la ciudad y ver esos edificios tan altos—*se lamentó Lluvia—. *Bueno, no te preocupes, iremos el abuelo y yo y, cuando volvamos, te contaré todo lo que veamos y lo que nos ha dicho su amigo, te lo prometo.*

—*Vale, ¡genial!, no quiero quedarme sin ayudar al bosque.*

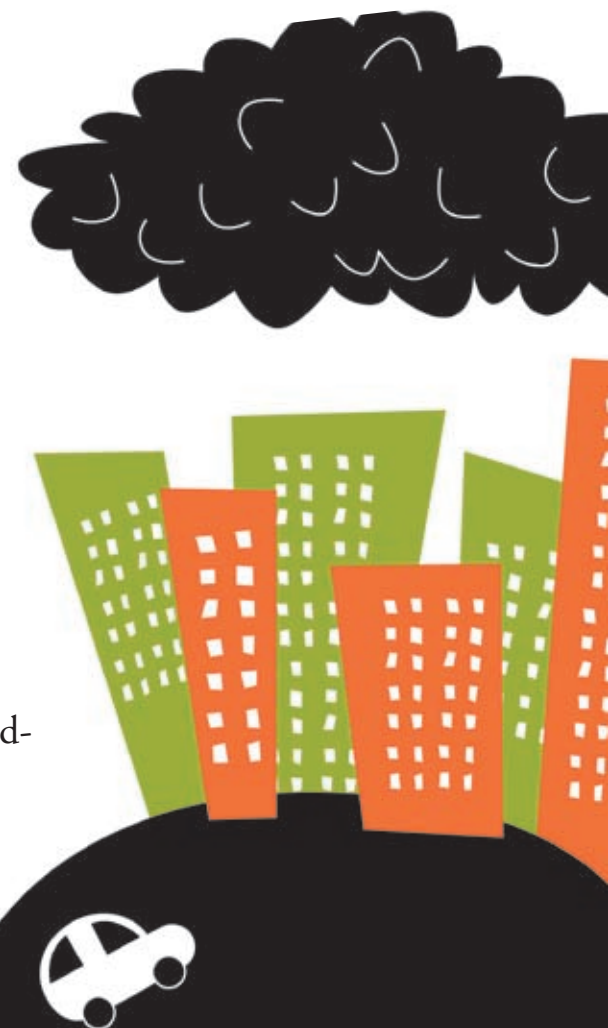
Después de comer, Martín se marchó a su casa y Lluvia subió a su habitación para intentar descubrir el misterio del bosque. Estuvo toda la tarde leyendo un libro que le había regalado la señora Escribano sobre enfermedades

de árboles y arbustos. Por mucho que buscó y buscó, no encontró ninguna enfermedad que pudiera ser la causante de aquellas extrañas muertes. Ojalá, al día siguiente, el amigo del abuelo les diese la solución porque si no, las pobres hayas se irían muriendo una a una.

Lluvia fue a dormirse algo preocupada, había prometido curar a los árboles y no parecía nada fácil.

Al día siguiente, Lluvia y el abuelo se levantaron muy pronto; el señor Frutos vivía en la ciudad y la madre de Lluvia los iba a llevar en su coche hasta allí antes de ir al hospital en que trabajaba. Cuando montaron en el coche, Ciudadgris se veía a lo lejos con sus grandes rascacielos. La ciudad tenía una enorme nube gris en forma de campana sobre ella.

Según la madre de Lluvia aquella nube, por la que la ciudad había recibido el nombre de Ciudadgris, estaba causada por la contaminación, sobre todo por el tubo de escape de los coches que ensuciaban el aire. Sólo los días en que llovía, se limpiaba en poco el aire gracias al agua y desaparecía la nube.



Lluvia no entendía como había tanta gente viviendo allí, debía de ser horrible levantarse por la mañana bajo una nube gris y respirar un aire tan sucio. Sobre todo, lo sintió mucho por el abuelo que había estado muchos años viviendo en la ciudad en casa de la tía Gertrudis, antes de que la tía se marchara a Muchoruido y el abuelo se fuese a casa de Lluvia a vivir.

En Ciudadgris todos andaban muy de prisa y parecían enfadados con todo el mundo. Continuamente pitaban con sus bocinas para indicar que los coches de delante avanzaran, pero éstos no podían hacerlo porque había otros más adelante que les impedían el paso. Lluvia los saludaba con la mano y los sonreía, pero no parecían hacerla caso, parecían hipnotizados mirando hacia delante, esperando que el siguiente coche avanzara para poder continuar. Cuando los semáforos se ponían en rojo, los coches seguían pasando sin dejar cruzar a los peatones y se molestaban unos a otros para no perder el sitio, en lugar de ayudarse para llegar todos antes a su destino. ¡Estaban locos!

Que diferencia con la tranquilidad de Villacálida, pensó Lluvia, donde apenas había coches y se podía tomar el sol y montar en bicicleta sin riesgo de ser atropellado. O mucha más diferencia todavía con la tranquilidad del bosque en que no había ruidos, ni bocinas, ni humos.

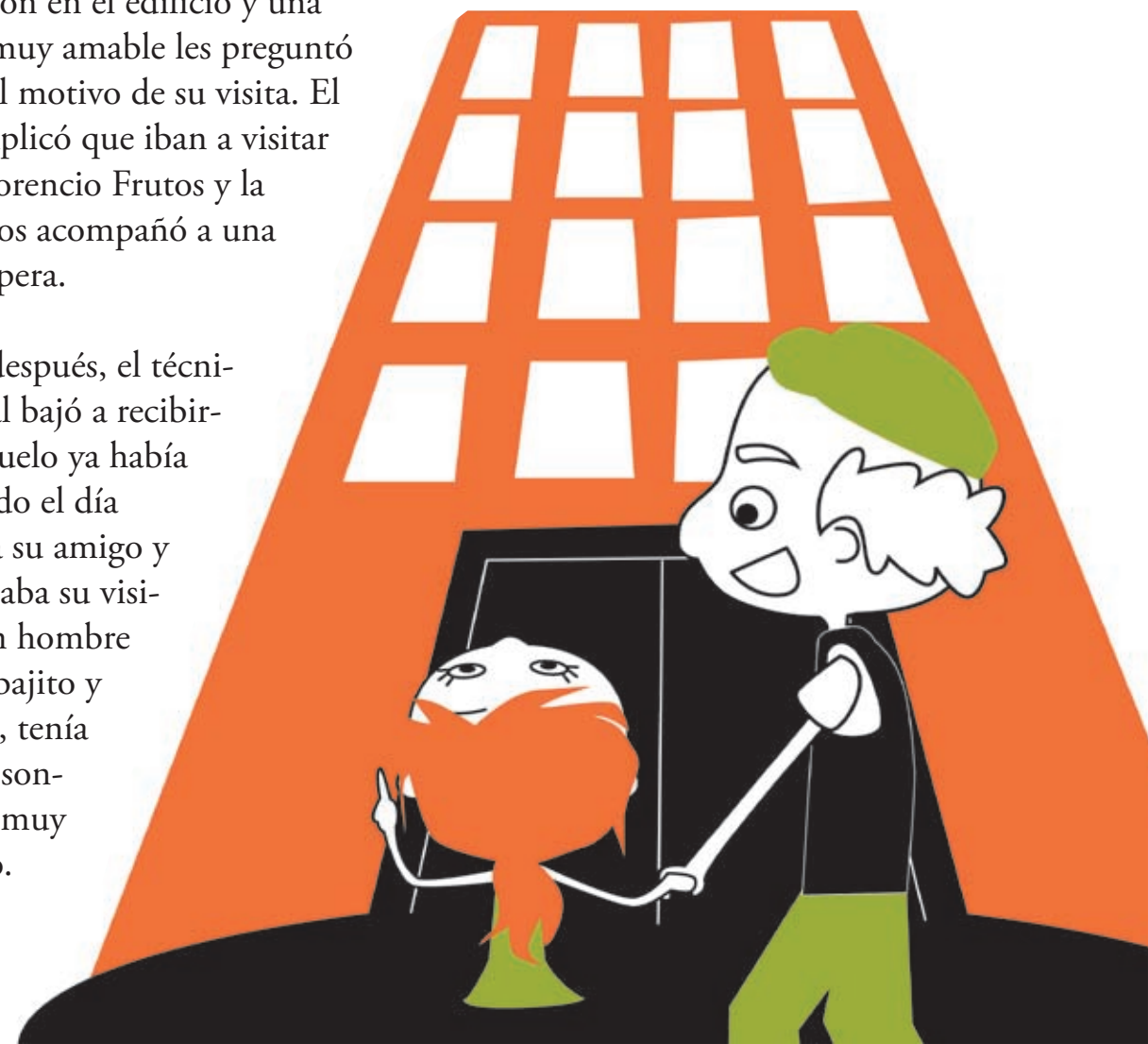
El señor Frutos trabajaba en el centro de la ciudad, en el ministerio de medio ambiente. La madre de Lluvia dejó a su hija y al abuelo en la calle Pocoaire, la calle principal de Ciudadgris y se marchó al trabajo.

Lluvia y el abuelo caminaron unos minutos hasta llegar a un edificio de ladrillo rojo muy alto. Desde abajo apenas se veía el final del edificio.

Lluvia nunca había visto algo parecido, era enorme.

Entraron en el edificio y una señorita muy amable les preguntó cuál era el motivo de su visita. El abuelo explicó que iban a visitar a Don Florencio Frutos y la señorita los acompañó a una sala de espera.

Poco después, el técnico forestal bajó a recibirlos. El abuelo ya había telefoneado el día anterior a su amigo y éste esperaba su visita. Era un hombre un poco bajito y regordete, tenía una gran sonrisa y era muy simpático.



A Lluvia le hizo mucha gracia su forma de hablar porque arrastraba un poco las erres, decía enferrrmedad y caerrr.

Subieron los tres en el ascensor hasta el piso más alto, que era donde el señor Frutos tenía su despacho. Era un despacho pequeño pero con un gran ventanal. Lluvia se asomó y vio la calle. Desde allí arriba se veía todo pequeñito, los coches parecían de juguete y apenas se podía distinguir a las personas, eran puntitos que se movían muy rápido a lo lejos.



Después de sentarse en las sillas, el amigo del abuelo les pidió que le contaran lo que ocurría. Lluvia explicó de nuevo lo que había sucedido el día anterior y el extraño misterio del bosque. Al terminar, Don Florencio se quedó callado, pensativo, tampoco parecía tener ninguna idea sobre cual era la enfermedad que estaba matando a todas las hayas. Dijo que no conocía ninguna enfermedad que pudiera hacer caer tantos árboles en tan poco tiempo.

Sin embargo, cuando Lluvia comentó lo que las hayas habían explicado acerca del extraño hormigueo que sentían antes de caer, entendió que era lo que estaba matando a los árboles. No era exactamente una enfermedad, aunque sí una invasión. Lo que ocurría es que se los estaban comiendo; se estaban comiendo toda la celulosa del árbol y eso provocaba su caída y su muerte. ¡Eran termitas!

¡Otra plaga!, pensó Lluvia, como la que ya había visto con las orugas, sólo que, esta vez, las termitas estaban escondidas en el subsuelo y por eso no habían podido verlas.

Las termitas, según explicó Don Florencio, se alimentaban de la celulosa de la madera y necesitaban, además, que la madera estuviera húmeda para poder alimentarse. Ése era el motivo por el cual se habían caído primero las hayas que estaban más cercanas al río, que era la parte más húmeda del bosque. Pero no atacaban a la parte sana del árbol, sino a las zonas muertas. El problema no era de las termitas, sino de que nadie saneaba las ramas y retiraba los árboles muertos. Las termitas solamente estaban acelerando el proceso de eliminación,

aunque con consecuencias muy malas para el resto de árboles, ya que la caída incontrolada de las hayas provocaba daños en los árboles sanos de su alrededor.

Las termitas podían vivir tanto en la ciudad como en los bosques. Formaban nidos subterráneos llamados termiteros que impedían a los pájaros alimentarse de ellas, vivían en la oscuridad y eran prácticamente ciegas. Don Florencio explicó que para poder eliminar a las termitas era necesario, o bien obligarlas a salir de su nido, inundando de humo el termitero para que los pájaros y demás predadores se las comieran, o bien, colocando cebos envenenados que acabasen con las termitas sin dañar a los árboles que estaban sobre su nido.

Pero, en realidad, según explicó, las termitas no eran el problema del bosque. Lo que debían hacer era sanear los árboles enfermos retirando las ramas muertas y talar los árboles secos para dejar sitio a nuevos árboles sanos. Así recuperarían el bosque.

Lluvia y el abuelo dieron las gracias a Don Florencio por su ayuda y prometieron volver para contarle todo lo que sucediera.

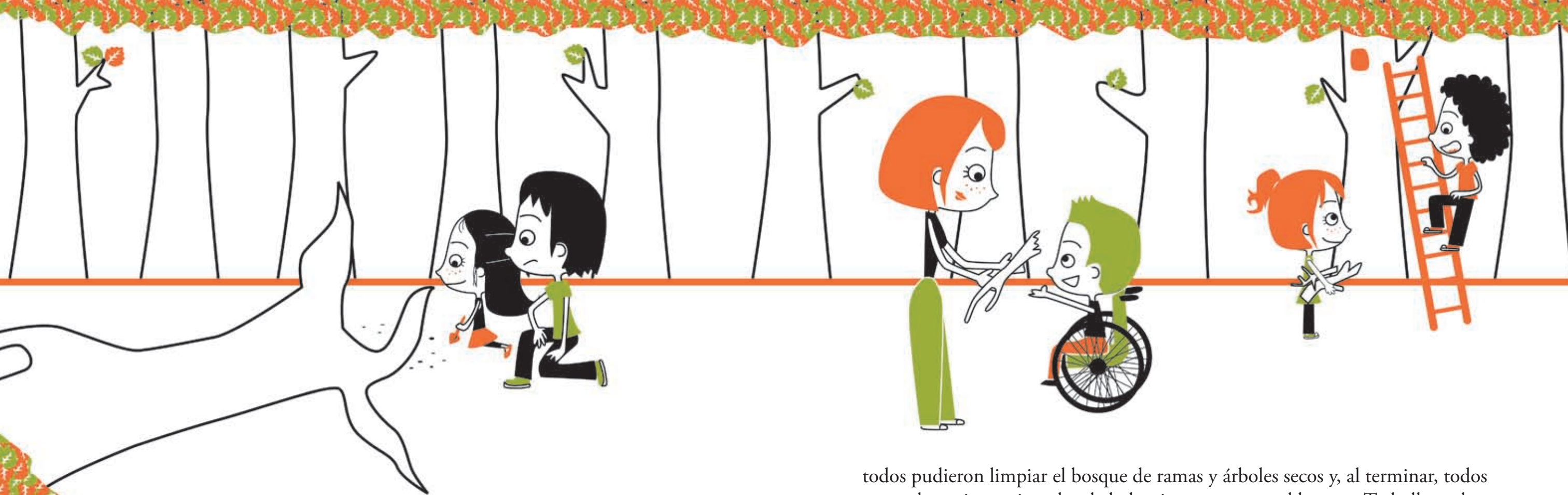
Volvieron a Villacálida en autobús, no querían esperar en la ciudad hasta que la madre de Lluvia saliera del trabajo. Además, así Lluvia podría hablar con Martín y explicarle lo que les ocurría a los árboles.

Tuvieron que esperar un buen rato hasta que el autobús que iba a Villacálida apareció. Era un autobús muy antiguo de color rojo.

Se subieron al autobús y se sentaron al fondo para poder ver desde allí el paisaje. Lluvia estaba ansiosa para explicar todo lo ocurrido a Martín, se hubiera divertido viendo los coches desde el despacho de Don Florencio.

Al llegar a la parada de autobús de Villacálida, Lluvia saltó del autobús, casi sin dar tiempo de que se detuviera, y corrió a casa para llamar a Martín y explicarle todo lo que había sucedido. Martín se alegró mucho de que hubieran encontrado la causa de las misteriosas caídas de árboles.





Debían convencer a todo el mundo para que les ayudaran a limpiar el bosque. Al día siguiente, todos los compañeros de Lluvia y algunos de sus padres fueron al hayedo para limpiar el bosque tal y como había dicho el amigo del abuelo. Era sábado y la mayoría de los padres no trabajaban, también los padres de Lluvia fueron a ayudar.

Al llegar, examinaron con detenimiento la base de los árboles caídos y, en seguida, escarbando un poco, descubrieron los túneles de las termitas. Entre

todos pudieron limpiar el bosque de ramas y árboles secos y, al terminar, todos se quedaron impresionados de lo bonito que era aquel bosque. Todo lleno de color y tranquilidad. ¡Que fresquito!- decían - ¿Por qué no habremos hecho esto antes? Ahora podremos venir aquí a pasar el día y bañarnos en el río.

Martín, Lluvia y el abuelo se sintieron muy contentos, de nuevo habían ayudado a los árboles y habían salvado el hayedo del abandono, pero aún quedaba el trabajo más difícil, debían asegurarse de que alguien limpiara el bosque durante todo el año para que no volviera a quedar abandonado y siempre estuviera limpio y sano, y todos pudieran disfrutar de él.



Lluvia encinas y los ladrones de árboles

El otoño acababa de empezar, y los árboles del bosque de Villacálida estaban empezando a perder la hoja. Sin embargo, no era eso lo que aquellos días preocupaba a los árboles; se enfrentaban a un extraño misterio: en el bosque estaban desapareciendo los árboles sin explicación aparente.

Cada noche, desde hacía tres semanas, desaparecían dos árboles del bosque mientras todos dormían. A la mañana siguiente, sólo se encontraba en su lugar un gran agujero donde antes estaban los árboles. Nadie sabía qué o quién estaba causando esas desapariciones pero todos estaban aterrados.



Lluvia y Martín también estaban muy preocupados, habían intentado que los mayores hicieran algo para evitar las desapariciones, pero a nadie parecía preocuparle demasiado lo que estaba ocurriendo en el bosque. La policía decía que había muchos árboles y que no podían vigilarlos a todos.

Al ver que los adultos no hacían nada para desvelar el misterio, Lluvia y Martín decidieron ir, ellos mismos, a escondidas, al bosque por la noche. Sabían que podía ser peligroso, pero ellos eran muy valientes y no tenían miedo; siempre que no les descubrieran sus padres claro, porque entonces se iban a ganar un buen castigo, pero no les importaba si así conseguían resolver el misterio.

Lluvia cenó como todos los días en la cocina y, después, subió a su habitación a leer un libro. Cuando fue la hora de acostarse, apagó la luz, cerró los ojos y se hizo la dormida hasta que sus padres se fueron a la cama.

Cuando estuvo segura de que estaban todos dormidos, salió de puntillas por la puerta principal, dejando las llaves de su padre bajo el felpudo. Así podría volver a entrar antes de que sus padres se despertaran a la mañana siguiente.

Cuando Lluvia salió de su casa, Martín ya la esperaba en la esquina, escondido para que nadie pudiera verlo. Con mucho cuidado, para no ser descubiertos, cruzaron la calle y tomaron el camino del bosque.

Una vez en el bosque, se escondieron junto al lugar donde habían desaparecido los dos árboles la noche anterior. Estaba muy oscuro y hacía un poco de frío, sólo se podía escuchar el ulular del búho, que también había decidido permanecer de guardia. Nada sospechoso parecía ocurrir en el bosque, ni en sus cercanías. ¿Desaparecería aquella noche algún árbol? Tendrían que esperar para descubrirlo.

A las tres de la mañana, un ruido sobresaltó a Lluvia. Se habían quedado dormidos y el búho acababa de llegar a su lado para avisarles: ¡algo extraño ocurría al otro lado del bosque!

Lluvia y Martín fueron rápidamente al lugar que les indicaba el búho. Cuando ya estaban cerca, empezaron a ver una luz de una linterna. ¡Había alguien allí! En seguida vieron otras luces que parecían iluminar dos grandes encinas, eran por lo menos seis hombres.

Debían tener mucho cuidado, si les descubrían estaban perdidos. Se acercaron despacio y pudieron ver a aquellos hombres cavando con picos y palas alrededor de dos árboles enormes. Eran dos encinas de al menos 200 años. ¡Se estaban llevando los mejores árboles del bosque!



—*Solounojo, ayúdame con esa cuerda* —quién estaba hablando era Malacara, Lluvia lo reconoció rápidamente.

—*Esta bien Malacara, ya sabes que nos ha pedido el señor Somalo que tengamos cuidado con las raíces, no quiere que se dañe la mercancía*—dijo Solounojo.

Cuando tuvieron el agujero bien profundo, colocaron las cuerdas alrededor del árbol y trajeron un camión con una grúa y una enorme máquina con un cazo grandísimo. Con el cazo, hicieron un enorme agujero bajo el árbol y la encina quedó libre, en el aire, sin dañar la raíz y con una gran porción de tierra que había bajo ella.

Gracias a la grúa, subieron a la encina hasta el camión. Con la otra encina hicieron lo mismo, y una vez dentro del camión las dos encinas, se marcharon con mucho sigilo.

—*¡Socorro, nos están secuestrando!* -gritó una de las encinas mientras se alejaba el camión.

Lluvia no podía hacer nada, pero sintió mucha rabia de que aquellos abusones robaran los árboles. Habían sido Malacara y Solounojo, y otros cuatro hombres a quién Lluvia no conocía. Además, según habían dicho, el señor Somalo estaba detrás de las desapariciones. ¡Otra vez el dueño de la fábrica estaba perjudicando al bosque!



Cuando los ladrones se marcharon, Martín y Lluvia volvieron a casa. Estaban muy tristes y no sabían que hacer, tenían que contarle a alguien lo que estaba ocurriendo, pero no entendían para que querría el señor Somalo aquellos árboles.

No los había cortado y quería conservar las raíces, así que no quería la madera, era otra cosa; pero, ¿el qué? eso era lo que debían averiguar. Lluvia dijo a Martín que llamaría al día siguiente al señor Frutos, el amigo de su abuelo, y le contaría todo. Quizás él supiera para que podían querer aquellos malvados las encinas, y que podían hacer Lluvia y Martín para evitar los robos.

Al día siguiente, Lluvia llamó a don Florencio a su trabajo. Había dormido muy mal pensando en los árboles robados. Le explicó al señor Frutos todo lo que había ocurrido la noche anterior, aunque no le dijo que habían sido ellos quienes lo habían visto todo, sino que había sido el búho quién se lo había contado.

Así no tendría que explicar que se había marchado de casa sin el permiso de sus padres y se libraría de una buena regañina.

Don Florencio al oír lo sucedido dijo:

—*¡Es horrible! ¿Cómo puede haber gente tan insensible con la naturaleza? Debemos hacer algo para impedir que vuelvan a robar más árboles en el bosque.*

—*Sí, no podemos dejar que vuelvan a intentarlo, pero necesitamos saber por qué están haciendo esto.* —explicó Lluvia.

—*Es cierto Lluvia, déjame que hable con algunos compañeros del ministerio para intentar enterarme de lo que está ocurriendo y qué es lo que planea hacer el señor Somalo con las encinas. Después de clase te iré a buscar para contarte lo que haya averiguado. No te preocupes, te aseguro que esos ladrones no se saldrán con la suya, te prometo que haré lo que esté en mi mano para evitarlo.*

—*Gracias don Florencio, nos vemos esta tarde.*

Lluvia pasó todo el día distraída en clase. No podía decir nada a nadie, excepto a Martín claro, porque se lo había prometido al señor Frutos, pero tampoco podía dejar de pensar en los árboles, en Malacara y Solounojo y, sobre todo, en el señor Somalo. Aquel hombre llevaba demasiado tiempo intentando dañar el bosque.

El señor Frutos, tal y como había prometido, estaba esperando en la puerta del colegio cuando salieron Lluvia y Martín.



También estaba con él el abuelo de Lluvia.

—*Subid al coche* —les dijo a los niños —*ya sabemos donde están las encinas.*



Lluvia y Martín subieron al coche del señor Frutos, junto con el abuelo y el propio señor Frutos que se sentó en el asiento del conductor para llevarles a casa.

—*He avisado a mis compañeros del ministerio y han localizado los árboles en una granja de cerdos a 30 Kilómetros de aquí. La policía ya ha arrestado a dos hombres que intentaban plantar las encinas en la granja, pero dicen que no conocen al señor Somalo.*

—*¡Eso es genial!* —dijo Lluvia —*pero, y ¿para qué querían las encinas señor Frutos?*

—*Parece ser que necesitaban las encinas para alimentar a los cerdos.*

Los dueños de la granja iban a pagar mucho dinero al señor Somalo por conseguir las encinas.



El mayor problema es que es muy difícil trasplantar un árbol tan grande y de tantos años; los árboles no son cuadros, ni muebles que se pueden cambiar de sitio a nuestro gusto, normalmente, si se intentan trasplantar, se secan o son tirados por el viento, y es muy difícil recuperarlos, en el mejor de los casos perderán varios años de crecimiento intentando asentarse en su nuevo lugar.

—*Pobres árboles, pero, entonces, ¿han detenido también al señor Somalo y encontrado los otros árboles?* —preguntó Lluvia.

—*No, aún no. La policía está buscando pruebas, pero si no encuentran los otros árboles no podrán acusar al señor Somalo, bastará con que diga que no sabe nada del robo de las encinas.* —explicó el señor Frutos

—*Eso no puede ser. ¡Abuelo tenemos que hacer algo ese hombre es muy malo!* —exclamó Lluvia.

—*Sí, Lluvia, lo sé. No te preocupes, deja a la policía, seguro que encuentra los otros árboles.*

—*Esta bien abuelo. Lo que tú digas.* —dijo Lluvia resignada.

El señor Frutos llevó a Lluvia, a Martín y al abuelo a casa y prometió avisarles en cuanto encontraran los árboles robados.

Lluvia y Martín, aunque poco convencidos, decidieron hacer caso al abuelo de Lluvia y esperar. Habían pasado ya tres días desde el robo de las encinas. Aunque no habían vuelto a desaparecer más árboles del bosque, aún no habían encontrado el resto de árboles desaparecidos.

Lluvia y Martín querían intentar ayudar en la búsqueda y, como no aparecían los árboles, decidieron buscar por su cuenta. Sólo se les ocurrió un sitio donde buscar: la fábrica. Estaba muy cerca del bosque, y sabían que la policía aún no había mirado allí porque no tenían pruebas contra el señor Somalo.

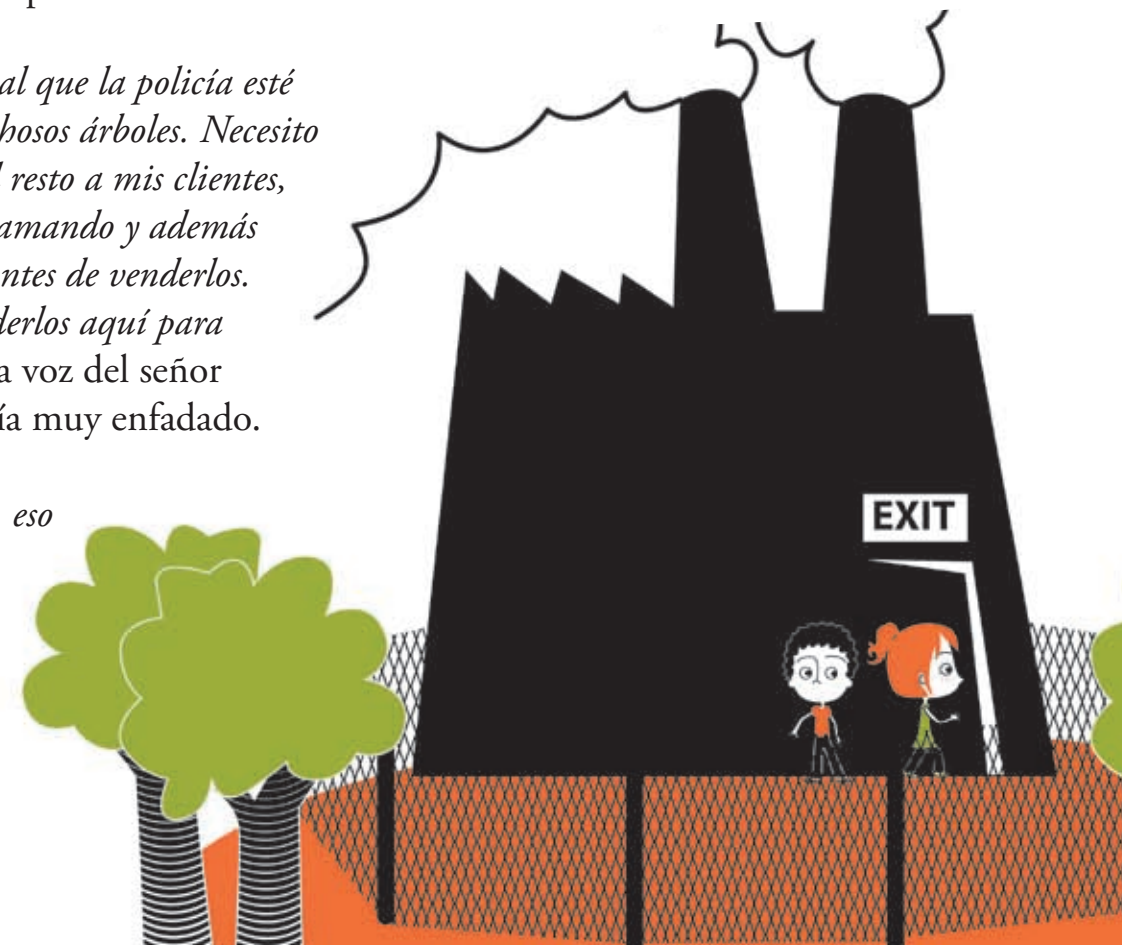
Fueron a la fábrica después de clase. Escondieron las bicicletas en el bosque y saltaron la valla metálica por la parte de atrás.

La puerta trasera del edificio principal estaba abierta así que con mucho cuidado entraron allí. No parecía haber nada, pero siguieron avanzando por los pasillos.

Según avanzaban por el pasillo principal, empezaron a oír una voz que salía de uno de los despachos del fondo:

—*Me da igual que la policía esté buscando los dichosos árboles. Necesito que entreguéis el resto a mis clientes, me los están reclamando y además se van a morir antes de venderlos. No puedo esconderlos aquí para siempre,* —era la voz del señor Somalo y parecía muy enfadado.

—*Pero señor, eso es muy peligroso. Nos pueden detener.*



—Me da igual Malacara, para eso os pago, para que resolváis los problemas, haced lo que haga falta, pero mañana por la noche quiero que os llevéis esos árboles de aquí.

La voz del señor Somalo se acercaba, ¡estaba andando hacia ellos! Lluvia y Martín corrieron hacia la salida antes de que les descubrieran, saltaron la valla de nuevo y se escondieron en el bosque.

—Uff, por poco, casi nos descubren —dijo Lluvia.

—Sí, ha estado cerca -dijo Martín. —¿Lo has oído?, ¡mañana por la noche van a llevarse los árboles!

—Sí Martín, lo he oído, hay que contárselo a don Florencio para que envíe a la policía y los detenga.

Al día siguiente Lluvia llamó al señor Frutos y le contó lo sucedido. Él prometió avisar a la policía, y, aquella noche, detuvieron a Malacara y a Solo-unojo mientras sacaban el camión de la fábrica con los árboles robados. Esa era la prueba que la policía necesitaba para poder también encerrar en la cárcel al señor Somalo.

El señor Frutos se encargó además de volver a plantar todos los árboles robados. Tardarían meses en recuperarse y, quizá, no todos los árboles pudieran sobrevivir, pero era todo lo que se podía hacer, el daño de haberlos arrancado ya estaba hecho.

Para que no volviera a suceder nada igual, el ministerio contrató a un guardabosques que se encargaría de cortar los árboles secos, de podar y limpiar los otros árboles y cuidar de que ninguno fuera robado, dañado, o incendiado.

La madera que consiguiera al sanear el bosque serviría para las calefacciones de Villacálida y para pagar el sueldo del guardabosques.

Lluvia estaba muy contenta y esperaba que finalmente todos los árboles robados pudieran recuperarse, por fin alguien iba a cuidar del bosque y así podría ir allí y siempre estaría todo limpio y a salvo del señor Somalo.



VOCABULARIO

- * **Industria química:** fábrica donde se elaboran, a partir de productos naturales, productos químicos, como medicinas, detergentes, etc.
- * **Filtros:** material de tela o papel a través del cual se hace pasar un líquido para separarlo de otros materiales.
- * **Contaminación:** alteración del estado natural del medio ambiente con productos dañinos, gases, basura, detergentes, etc.
- * **Empuñadura:** parte por donde se sujetan determinados objetos, por ejemplo, en los paraguas el mango por donde lo cogemos.
- * **Savia:** líquido que circula por las plantas y los árboles y que transporta el agua y las sustancias nutritivas que estos necesitan para alimentarse.
- * **Imperturbable:** que no se altera por nada.
- * **Urticante:** que produce irritación en la piel.
- * **Depredadores:** animales que cazan a otros para alimentarse y asegurar su supervivencia.
- * **Plaga:** aparición de insectos en grandes cantidades que produce daños en los árboles.
- * **Cortafuegos:** senda o camino que se realiza en el monte para evitar que el fuego pase de unas zonas a otras del mismo.
- * **Refulgir:** resplandecer.
- * **Ánima:** alma que pena.
- * **Fianza:** cosa que se deja en depósito para asegurar el pago de algo.

Actividades



1

Encuentra en la sopa de letras los nombres de los personajes que aparecen en las aventuras de Lluvia: LLUVIA, ABUELO, MATILDE, MARTÍN Y SOMALO.

A	R	O	P	H	A	Y	A	H	M
M	R	L	L	Z	X	C	V	E	A
A	C	S	L	Q	D	R	A	G	T
R	A	S	E	U	U	L	K	M	I
T	S	O	O	Ñ	V	Q	P	M	L
I	T	H	O	M	P	I	A	U	D
N	A	T	L	E	A	R	A	P	E
A	Ñ	R	I	I	R	L	S	O	S
X	O	A	B	U	E	L	O	I	E
L	I	A	O	B	Q	X	A	B	O

2

Completa las siguientes frases:

Es muy difícil trasplantar un tan grande y de tantos; los árboles no son cuadros, ni que se pueden cambiar de sitio a nuestro, normalmente, si se intentan trasplantar, se secan o se caen por el.....

Las termitas pueden vivir tanto en la como en el..... Forman nidos subterráneos llamados que impiden a los alimentarse de ellas, viven en la oscuridad y son.....

Entre todos cortaron los secos, limpiaron las ramas caídas y sanearon todo el para que siempre estuviese verde y hermoso. Una parte de la recogida, la y la colocaron cerca de los árboles para que les sirviera de alimento y, el resto, la guardaron para usarla como en la escuela y el ayuntamiento en invierno.

3

Contesta estas preguntas.

a) ¿Crees qué sólo contaminan y destrozan la naturaleza las industrias, los incendios provocados...?

b) Nosotros colaboramos a mantener la naturaleza sin contaminación o por el contrario ayudamos a que esté contaminada.

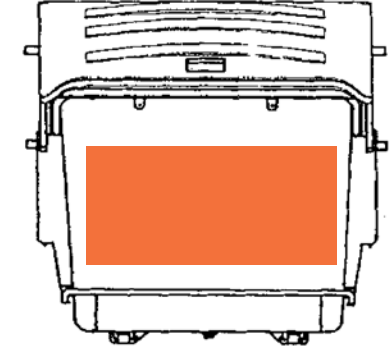
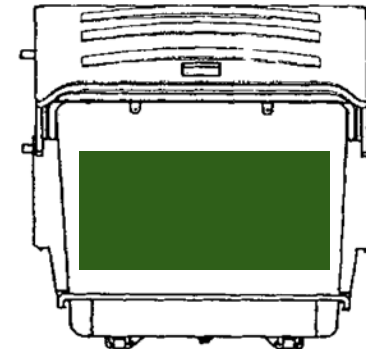
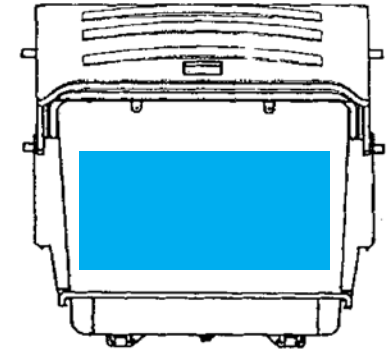
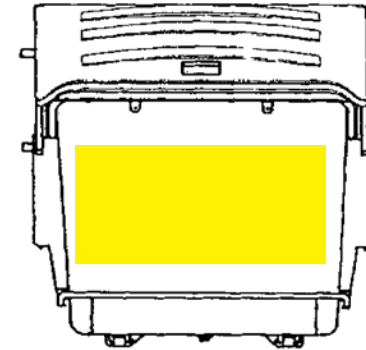
c) Escribe tres cosas que hacemos mal y tres que deberíamos hacer para cuidar la naturaleza.

c) ¿Se deben hacer barbacoas en el monte sobre todo cuándo hace calor?
¿Por qué?

4

Ayúdanos a colocar cada cosa en su contenedor para mantener el bosque limpio después de una excursión.

Residuos de comida, vasos y platos de papel, botellas de cristal, botes de refrescos...



ACTIVIDADES

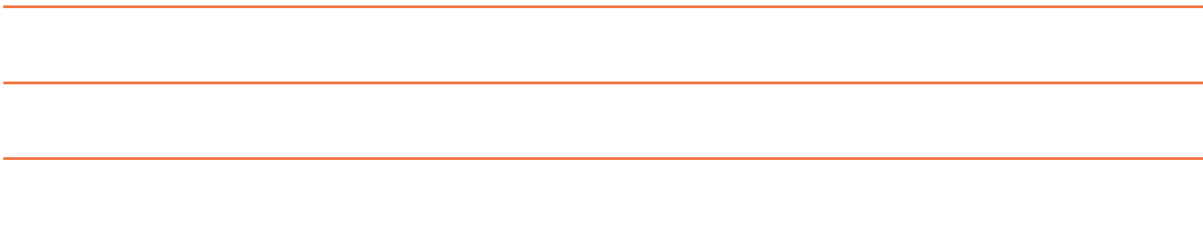
5

Dibuja una termita y el daño que hace a la madera.



6

Describe cuatro razones por las que no se deben transplantar los árboles del bosque.



ACTIVIDADES

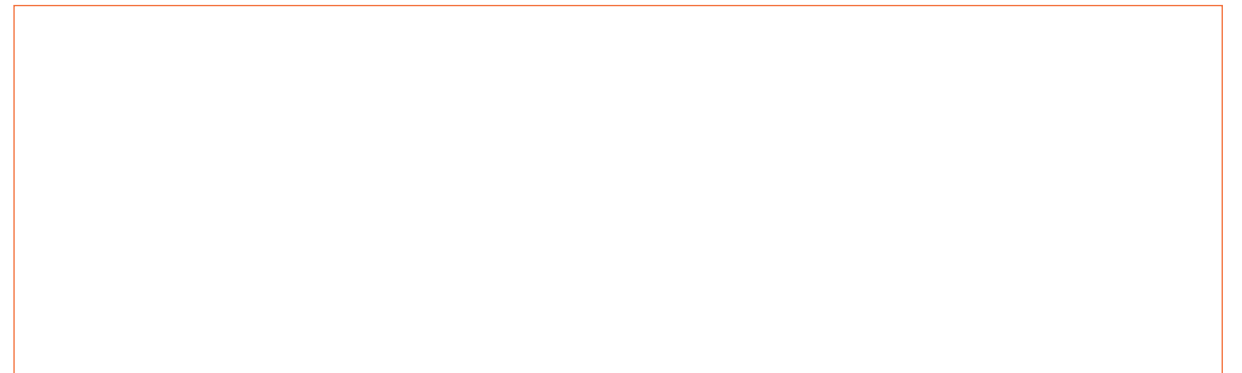
7

El equilibrio en la naturaleza es muy importante. Busca en internet tres o cuatro asociaciones que ayuden a conseguir este objetivo.



8

Crea tu cartel (grupos de cuatro). Inventa un lema y realiza un dibujo que invite a tener un planeta limpio.



A partir de 10 años

